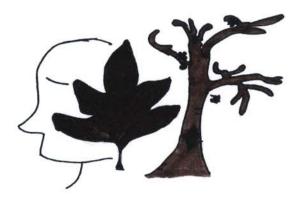
TÚ, YO Y EL Alzheimer

lzheimer:
dícese de la
enfermedad

mental progresiva en la que las células nerviosas del cerebro se degeneran y su manifestación más básica es la pérdida de la memoria.

También conocida como "el abuelo tiene demencia y no recuerda dónde dejó el mando de la tele".

En la cabeza, las piezas que forman los recuerdos del abuelo empezaron a perderse, como las de un puzle que queda incompleto. Como si su cerebro fuera un dibujo hecho a lápiz y frotásemos contra él un pedazo de goma de borrar. Como pierde las hojas un árbol en otoño.



Como vuela un montón de fotografías si se abre la

ventana. Intentar recordar algo, era para él como mirar a través de una ventana que tiene vapor.

Cada vez que pensaba en esto, sentía que mi corazón se encogía.

¿Eso quería decir que el abuelo Tomás se iba a olvidar de las largas tardes en el río? ¿De las recogidas de hojas secas? ¿De qué tenemos una partida pendiente de ajedrez? ¿Qué sentido tendría hacer trampas al jugar, si el abuelo no iba recordar cómo hacerlo? Y

lo más importante, ¿se iba a olvidar de mí? Había contado esto a Carla y Marcos cuando les dije que no podía ir con ellos al cine este sábado. Me preguntaron por qué iba a ir a ver a mi abuelo si no iba a conocerme. Eso creó un gran vacío en mi mente. ¿Realmente no iba a saber quién era yo? Y, ¿eso cambiaba algo? Yo sí que le recordaba, ¿por qué iba a dejar de ir? Pero, si no sabía de mí... ¿me trataría como a un extraño?

Llamo al timbre y espero impaciente a que la puerta se abra. Imagino que será la abuela quien esté detrás de ella, aunque lo normal

La cara del abuelo hace que todo se me olvide y me sorprenda.

- Pero, ¿abuelo?



sea que lo haga el abuelo.
¿Recordará que la casa es
el número diecisiete?
Quizá ni siquiera sabe
cómo cruzar el pasillo y
llegar al recibidor.

El abuelo sonríe y me revuelve el pelo.

- Hombre, pequeño duende –dice con cariño.
- ¿Te acuerdas de mí, abuelo?

Ríe extrañado sin comprender.

 ¿Por qué no debería de hacerlo?

Le pregunto sobre su Alzheimer y esboza una sonrisa con tristeza. Entramos en casa, me hace sentarme sobre sus rodillas, la abuela trae unas pastas y sale del salón dejándonos solos. Me explica que no es como un bebé recién nacido que no se acuerda de lo que ha hecho hace cinco minutos

y cómo funciona su enfermedad.

Me tranquiliza diciéndome que no va a olvidarme y bromea fingiendo no acordarse del nombre de la prima. Me río, me cuenta que el doctor le ha recomendado que apunte las cosas y llene la casa de post-it recordativos. Se hace el indignado con esto y dice que no es ningún senil aún. Pero tengo que levantarme a buscar un mechero para que se encienda un puro cuando no lo encuentra en su

bolsillo y dice no saber
dónde está. Leemos
nuestro cuento favorito:
"Los duendes y el
zapatero", y como
siempre, esto hace que
relate la historia en la que
de bebé me dedicaba a
romper zapatillas en lugar
de arreglarlas, siendo así
un mal duende.

Antes de irme, me pongo el abrigo y saco del bolsillo un sobre amarillo con una carta que le entrego de forma risueña.

Para que no te olvides
de mí-le digo-. He
escrito en él quién soy
yo y todo lo que
hacemos juntos. Léelo
todas las mañanas.

El abuelo sonríe
emocionado y se enjuaga
los ojos con los dedos. Me
promete no dejar de leer
nunca nuestros recuerdos.

